

Veit Heinichen

Sobre gustos no hay nada escrito
Serie del comisario
Proteo Laurenti

Traducción del alemán de
Isabel García Adánez



Siruela Nuevos Tiempos

Winners are losers with a new attitude.

[Los ganadores son perdedores con una nueva actitud.]

David Byrne

Ero meravigliato di esser vivo, ma stanco di aspettare soccorsi.

[Estaba maravillado de seguir vivo, pero cansado de esperar socorro.]

Ennio Flaiano

*The influence of coffee in stimulating the genital organs
is notorious.*

[La influencia del café como estímulo de los órganos genitales
es notable.]

John Harvey Kellogg

Al agua regresa todo

Ver turistas con atuendos imposibles era algo habitual desde el viaje a Italia de Goethe y la larga estancia de Lord Byron y los Shelley en el país. Y tampoco suscitaba ya ningún comentario despectivo de nadie desde que los parientes emigrados a alguna lejana tierra del norte de Europa visitaban la patria durante las vacaciones de verano. La mercancía barata para consumo masivo que salía de los centros comerciales y *outlets* de turno hacía avanzar la globalización del mal gusto a pasos agigantados.

A pesar de todo, Harald Bierchen atraía las miradas de todo paseante que aquella tarde recorriera las Rive hacia el Molo Audace, con su pesada rosa de los vientos de bronce sobre un pedestal de cemento blanco en el extremo. Era un hombre alto muy corpulento, vestido con pantalones de lino claro, anchos como un saco y con los bolsillos a punto de reventar; el barrigón le colgaba por encima del cinto, una punta de la camisa, de manga corta, se le había salido y dejaba al aire la carne rosada, de un tono que hacía juego con las rayas de la prenda. Llevaba unas sandalias de las que ofrecen los vendedores ambulantes africanos por unos pocos euros. La ligera brisa le alborotaba las largas guedejas de pelo rubio oscuro que se retiraba una y otra vez de la frente para que le taparan la amplia calva. Unas gafas de sol enormes ocultaban casi un tercio de su cara, que, como todo su cuerpo, tenía forma de pera. La piel abrasada por el sol, que hacía aún más llamativas su nariz de patata y sus carnosas mejillas, relucía bajo la crema solar aplicada a pegotes. Sus buenos veinte mil euros costaría, según los expertos,

el reloj que brilló al darle el sol cuando el gigantón se llevó la mano izquierda a la frente y miró el mar. Hacia el coloso, que hacía señas con la mano desde el muelle, avanzaba al compás del traqueteo del motor diésel un yate de dos mástiles con velas de color rojo ladrillo, ahora arriadas. Los paseantes se quedaron mudos cuando el barco, en cuya proa se leía en ostentosas letras doradas el nombre *Greta Garbo*, se arrimó lateralmente para que saltara a tierra una belleza de curvas tan bronceadas como generosas, cubiertas por un escaso vestidito blanco, con un cabo en la mano para amarrar el yate y ayudar al grandullón a subir a bordo. Su melena rojiza como cola de zorro flotaba al viento y, al igual que sus redondeces, distraía de un rostro demasiado maquillado y de rasgos más bien vulgares. En inglés, le pidió expresamente que se quitara las sandalias, pero el gigante subió a la cubierta de una zancada como si no la hubiera oído y, con un gruñido de satisfacción, se dejó caer de popa sobre un sillón blanco. El *skipper* reemprendió la marcha de inmediato tras saludar al pasajero haciendo un fugaz gesto con la mano. Era un joven musculoso de torso desnudo, grandes ojos oscuros y sensuales labios carnosos, en cuyo cuello lucía un colgante con un pedrusco rojo del tamaño de una ciruela.

—Sonríe como una persona, no como una cabra, Vittoria —dijo en voz baja—. El jefe le ha prometido una aventura que no ha de olvidar jamás. Así que ya sabes cómo ponerlo a cien. No te olvides del dineral que te suelta Lele cada vez que se siente solo. Únicamente con eso ya ganas una fortuna.

—Y tú no tengas envidia, chiquitín. Porque, desde luego, no es plato de gusto. Contigo igual era otra cosa... —y le lanzó una mirada que echaba chispas, se atusó la melena con ambas manos, se recolocó el escote y, por último, llevó un enfriador de champán y dos copas. El velero pasaba por el dique que hay frente al Porto Vecchio cuando, fingiendo un pequeño accidente, se derramaba el champán por el escote. En cuanto hubo quedado atrás la zona del puerto, el *skipper* empujó hacia delante la palanca del motor y el barco emprendió la marcha, la proa cortando orgullosa las olas, cuya espuma blanca salpicaba toda la cubierta para deshacerse luego en pompas transparentes. Aproximadamente una hora más tarde, lanzaría el ancla

entre Grado y la desembocadura del Isonzo para que Harald Bierchen pudiera bañarse. Tal y como lo había ordenado el jefe.

—El argumento ya es bastante tonto de por sí, pero tal y como está tratado resulta más banal todavía. Una comisaria supuestamente italiana se enamora de un gallardo fiscal teutón y, por hacer algo más, van detrás de unos cuantos mafiosos a los que descubren porque llevan gafas de sol incluso de noche y le sueltan a un político el dinero del soborno a la vista de todo el mundo —protestaba Livia—. Y, como quien no quiere la cosa, también raptan a la señora del político y no la sueltan hasta que él no firma el contrato que asigna las faraónicas obras de remodelación del puerto a la empresa adecuada. Si es que es todo ridículo. ¿Para qué untar a un político si los malos ya tienen a su señora?

—Igual temen que le venga bien librarse de la parienta.

—¡Qué va! —exclamó Livia—. Es el amor de su vida.

—Así es la tele —comentó su padre—. Ficción. ¿Por qué crees que no veo esas cosas jamás?

—Y luego ni te imaginas la pinta de los actores, me llevan unos modelitos diseñados en la Alemania profunda... Y eso que es una coproducción germanoitaliana. Y, en medio de todo, está el gran jefe, ahí repantigado frente a la pantalla del televisor, diciendo a todo el mundo lo que tiene que hacer. Es un gordo prepotente que se cree el amo del mundo. A las actrices les tira los tejos sin cortarse un pelo, a mí también me ha estado dando la lata. A la hora de comer, se cuele por delante de todos en el bufet y no escucha a nadie. Por lo visto, el guión es suyo, escrito bajo seudónimo, y se lleva un dineral por ello, además de su trabajo como jefe de programación. El equipo entero está de los nervios y se monta una bronca tras otra. Por desgracia, el director es un oportunista que no se rebela contra el jefe. Pero ¿sabes qué es lo mejor? Esta mañana, el jefe ha decidido que, al final de la película, el político se desplomará de narices sobre un plato de tiramisú *después* de tomarse el café. Envenenado. Al margen del detalle de que el café no se sirve hasta después del postre, los mafiosos ya llevan tiempo muriéndose de asco

en la cárcel y nadie sabe quién lo ha envenenado. Tan sólo una sombra cruza la pantalla, que pretende sugerir que las fuerzas oscuras siguen obrando y que la historia puede tener una continuación si cuadra la cuota de pantalla.

–De lo más realista –sonrió Laurenti, cansado–. Es una pena que no tengan en cuenta a ninguno de mis clientes para calcular sus cuotas, o por fin dejarían de rodar las mismas estupideces una y otra vez.

Livia estaba sentada junto a su padre en la gran Piazza abierta al mar, a la sombra de la terraza de Harry's Grill, tomando un aperitivo. Desde hacía semanas, no salía de su despacho a menos que surgiera algún irresoluble problema de entendimiento en el set de rodaje. Entonces, recibía una llamada urgente para que dejara de inmediato cuanto estuviera haciendo, y ya podía volar con su motocicleta entre el denso tráfico del centro para hacer de intérprete y tratar de parar los golpes entre aquellos gallos de pelea. También ese día habían tenido una buena porque el poderoso jefe de la cadena había vuelto a echar por tierra todo lo que tanto esfuerzo había costado organizar.

–Pretendía trasladar la escena entera al otro lado del Canal Grande, a pesar de que no tenemos permiso para rodar allí. Y ni siquiera enlazaba con la escena anterior. Primero, todo al sol, y de repente, todo en sombra. Nadie se iba a dar cuenta, según él. La luz del otro lado le gustaba más. No cedió hasta que Alessandro, el jefe de localización, que ya ha adelgazado cuatro kilos por el estrés, le dejó claro que habría problemas con las autoridades. Eso es lo único que le impresiona. Imagínatelo, repantigado en su sillón como un ceporro, con el guión en la mano, afirmando que él es quien sabe bien lo que espera el espectador. Y el inútil del director se lo traga sin decir nada... –Livia estaba furiosa.

Proteo Laurenti acarició la mejilla de su hija.

–Manda ese trabajo a paseo, Livia. Encontraremos algo mejor para ti.

–Si lo mando a paseo, puedo pasar el resto de mi vida esperando a que me paguen. Además, actualmente el treinta por ciento de la gente de mi edad no tiene trabajo fijo –deprimida, se recostó en el hombro de su padre, que hizo una seña al

camarero para pedirle otro Americano: mitad Campari, mitad vermú, una rodaja de naranja, un pedacito de cáscara de limón y soda.

El comisario se había encontrado con su hija en el centro por casualidad, tras sobrevivir a una interminable reunión con el prefecto a la que se había convocado a todos los jefes de las fuerzas de seguridad. El que antes fuera gobernador de Roma acababa de tomar posesión de su nuevo cargo en Trieste y había pronunciado un discurso de ingreso que apenas se diferenciaba de los de sus predecesores, a quienes Laurenti había sufrido durante las últimas décadas. La seguridad pública corría un peligro cada vez mayor y todo dependía de una colaboración libre de trabas burocráticas, fue en resumen lo que anunció. No era el único nuevo, también habían cambiado al jefe de la policía, y su sucesora no había parado de hablar de orden y disciplina.

El nuevo Gobierno de Roma destacaba sobre todo por su política interior. Los ministros de la Lega Nord eran los que más polémica suscitaban. Habían conseguido los votos de la gente con burdas promesas populistas de expulsar a los extranjeros, y ahora clamaban por un Gobierno federalista, como si pudieran emanciparse del sur del país. Los únicos en hacer realidad un verdadero federalismo eran, en el fondo, los grupos del Crimen Organizado –la Cosa Nostra, la Camorra, la Sacra Colonia Unita y la 'Ndrangheta en asociación con los clanes del este de Europa, China y África–, desde que habían aprendido que las negociaciones y la colaboración hacían aumentar los beneficios más deprisa que las susceptibilidades acerca del radio de jurisdicción de cada uno. Una red de alta eficacia y de alcance mundial que se había abierto camino hasta los estratos más altos de la política y la economía en toda Europa. Tras el cambio de Gobierno, el carrusel de personajes había comenzado a girar, como es habitual. Los nuevos amos habían disuelto las viejas estructuras y asignado las posiciones clave a sus amigos y aliados. Laurenti, por su parte, había tenido que hacerse a una nueva fiscal que contaba con una brillante carrera en Rímimi y por cuyo escritorio pasaban gran parte de las investigaciones sobre delitos capitales y Crimen Organizado. Al menos su equipo había recibido refuerzos. Hacía tres meses se les había unido

un joven agente que venía de L'Aquila, de tragar polvo en la ciudad de los Abruzos destruida por el terremoto.

Al escapar por fin del aire acondicionado de la sala de reuniones de la prefectura y salir al sol de la Piazza, Laurenti se había cruzado con Livia. Tres meses atrás, la joven había comunicado a sus padres, exultante de felicidad, que regresaba a Trieste. Dejaba su puesto en una editorial de Múnich para firmar un contrato con una productora de televisión que rodaba una película menor, por encargo de las televisiones estatales alemana e italiana, y necesitaba una coordinadora bilingüe. Le habían prometido la luna. A su padre no le había hecho ninguna gracia: con lo guapa que era Livia, habría preferido verla de actriz. Pero a Laura, su madre, le hizo mucha ilusión, y de todas formas la habría apoyado.

—Mira, Livia, los tiempos no son de color de rosa, pero tú tienes un currículum excelente. Encontraremos algo para ti —repite Laurenti—. Cada vez ruedan más películas aquí, también de cine. Y si eso no sale bien, seguro que las compañías aseguradoras o los grandes tostaderos de café de la ciudad, que están en continua expansión, necesitan a alguien con tus conocimientos de idiomas. A ver de qué me entero por ahí. ¿Cuánto tiempo vais a rodar aquí?

—Al menos tres semanas más. Pero como sigan con tanto lío puede alargarse.

La mirada de Laurenti se posó sobre el velero de dos mástiles y velas rojo ladrillo que acababa de zarpar del muelle de la Piazza.

—¿Sabes qué, hija? Cuando termines con esto te regalaré el dinero para esa licencia de patrón de yate que tanto tiempo llevas queriendo conseguir.

Por fin, Livia recuperó la sonrisa. A veces ayuda saber que todo se acaba en algún momento.

Con un traqueteo sordo, la cadena del ancla se deslizó desde la proa del *Greta Garbo* hasta el fondo de la orilla occidental del golfo. Pegada al casco colgaba la escalerilla de baño y Vittoria, quien tras la segunda botella de champán sólo servía

whisky a Harald Bierchen, le preparaba también la tercera raya de cocaína sobre una bandeja de plata. El vestidito se le había subido hasta la cadera y los dedos asalchichados del gigantón no daban abasto con sus pechos de silicona.

El piloto, muy tranquilo, había tomado algunas fotografías de ambos y guardado la cámara bajo llave en la bitácora. Luego tocó dos veces la bocina, entró en el camarote y se puso el bañador.

Vittoria le había entendido.

—Ay, no, cariño, despacio, despacio... Creo que necesito refrescarme urgentemente —musitó y se puso de pie. El gordo alargó los brazos para agarrarla, pero ella dio dos pasos atrás.

—Primero, un bañito en el mar —exclamó Vittoria—. ¡Anda, ven!

Le tendió la mano, lo arrastró hasta la borda y, antes de que él alcanzara a articular una protesta, saltó y le hizo caer al agua completamente vestido. El gordo se dio un golpe en la cadera con una agarradera de acero inoxidable que le rasgó el pantalón, y, dándose media vuelta, cayó como un saco en las templadas aguas del Adriático.

Harald Bierchen parecía divertirse como un niño cuando volvió a emerger, y chapoteó hacia Vittoria, cuyo vestidito se llevaban las olas. Pero, de pronto, comenzó a agitar los brazos, histérico. Algo lo arrastraba bajo el agua con una fuerza tremenda. Un estertor desesperado salió de su garganta al tiempo que desaparecía. Vittoria no vio más que unas burbujas que subían a la superficie antes de que el cuerpo blanco del gordo se hundiera en las profundidades como a cámara lenta.

La dama de los gatos

–Las mujeres deberían vivir con dos hombres, uno que fuera más bien su amante y otro, más bien un amigo. Así lo decía a menudo Leonor Fini, y a ello se atuvo durante más de treinta y siete años –Enrico D’Agostino ofrecía a Laura una copa de espumoso Franciacorta–. El uno era Stanislao Lepri, que dimitió de su puesto de cónsul italiano y también comenzó a pintar cuando la conoció. El otro era Konstantyn Jelensky, un intelectual polaco.

–¿Y a cuál le correspondía el papel de amante? –preguntó Laura, que conocía la historia de la artista desde hacía mucho.

Estaban en el salón de la gigantesca vivienda del principal de un *palazzo* de cinco plantas del Borgo Giuseppino, en la Riva Nazario Sauro. En esa parte de la ciudad, los suntuosos edificios ocupaban toda la manzana entre dos calles paralelas. El *palazzo* era el paradigma de la arquitectura clasicista: las molduras blancas destacaban sobre el rosa viejo de la fachada y acentuaban las ventanas centrales de las dos primeras plantas. El edificio lo había mandado construir un comerciante serbio que logró hacer mucho dinero en la ciudad. En la planta baja, en la esquina de la Via Annunziata, había un bar antiguo en cuyas paredes se veían viejas fotografías que documentaban la tremenda actividad que antaño se desarrollaba a lo largo de los muelles. Enrico D’Agostino, y antes de él su madre, había heredado el *palazzo* construido en 1825 y no había tardado en dividir todos los grandes espacios en unidades independientes; por supuesto, con el beneplácito del responsable de la Consejería de

Urbanismo, quien a cambio de algunos favores no tenía problema en hacer la vista gorda sobre las leyes de conservación del patrimonio histórico. Los pisos más pequeños proporcionaban alquileres más altos, gracias a los cuales Enrico contaba con unos ingresos mensuales para vivir más que tranquilo. Algunos de los pisos los había cedido en bloque a una compañía de servicios del sector cinematográfico, que pagaba todavía mejor. Como tanta gente de la ciudad, vivía con verdadero lujo sin mover un dedo. Ya habían trabajado por él sus emprendedores antepasados.

Tan sólo se extendía alrededor de todo el patio interior la vivienda del segundo piso, desde cuyas ventanas se abría una vista sobre el golfo de Trieste y el Porto Vecchio que ninguna construcción podría obstaculizar jamás, y el exquisito gusto de su esposa Carmen, plenamente consciente de las exigencias que aquel espacio imponía en la decoración, la había convertido en una auténtica joya. Laura había reparado de inmediato en las magníficas calidades de los materiales; lo único que se había conservado de la casa original era la valiosa tarima de los largos pasillos, que crujía al pisar por algunas partes. La cocina debía de haber costado tanto dinero que con él se hubiera podido comprar un piso en las afueras. La señora de la casa, por otra parte, apenas podía disfrutar su obra maestra de la decoración del hogar; a cambio, conocía de memoria las paredes de su despacho en el sobrio edificio de nueva construcción del mayor tostadero de café de la ciudad, así como los asientos de la clase *business* de las líneas aéreas que utilizaba cuando, como jefa de marketing, viajaba a todos los continentes a cerrar grandes tratos con los mejores clientes de su jefe. Para contrarrestar, Enrico D'Agostino vivía como un auténtico marajá. Estaba muy pendiente de los alquileres que su administrador gestionaba y, cuando su estilo de vida lo requería, vendía alguno de los apartamentos u obras de arte por los que no sentía ningún cariño especial. Tenía dos estancias de su gigantesco piso llenas de cuadros, apoyados unos contra otros en apretadas hileras. Laura hubiera deseado enormemente examinarlos con calma y sin compañía. Pero D'Agostino había escogido sólo dos para que ella le diera su opinión de experta.

Apasionado de la vela, D'Agostino también era conocido por su éxito con las mujeres, todo un donjuán que no cejaba hasta conseguir su objetivo. Llevaba mucho tiempo con los ojos puestos en Laura, casi diez años mayor que él. Sin embargo, no había conseguido entablar una conversación con la dama rubia hasta hacía poco, un día en que ella había acudido a la inauguración de una exposición sin su esposo, el comisario Laurenti. El adinerado donjuán se había deshecho en cumplidos tras quedar prendado de sus ojos verde esmeralda y, según decía, de la seductora gracia de su lenguaje corporal.

Por fin había vuelto a celebrarse una exposición de arte interesante. De la Casa de Cultura de la ciudad no solían llegar demasiadas noticias al exterior, a pesar de que el maravilloso edificio que en su día alojara la lonja de pescado había sido restaurado pocos años atrás y, a juzgar por las notas de prensa, prometía atraer a un gran público con exposiciones importantes. Con todo, el edificio estaba casi siempre vacío y sólo se utilizaba en contadas ocasiones, alquilado para otros fines de índole más prosaica. Entretanto, del Ayuntamiento había salido el rumor de que a lo mejor instalaban en su interior un pequeño acuario.

—Leonor Fini es, sin duda, nuestra artista más famosa —dijo Laura—. Su biografía impresiona. Su madre la vestía de niño para evitar los intentos de raptó del padre, que había venido persiguiéndolas desde Buenos Aires, sediento de venganza por haber sido abandonado. A los trece años se colaba en el depósito de cadáveres para retratar a los muertos. Después, sus obras fueron tan demandadas como las de Picasso. ¿Cómo es que no cedió usted este cuadro para la exposición en el Museo Revoltella?

—Nadie sabe de su existencia.

—Debe de ser un autorretrato —Laura estaba de pie ante el óleo que Enrico D'Agostino le había mostrado bajo palabra de no decir nada a nadie al respecto. La obra medía un metro por metro y medio y, en contraste con el acostumbrado esteticismo de la pintora, a un lado mostraba a tres mujeres rechonchas de abultados vientres con espinas de pescado entre el pelo a las que un pequeño tropel de gatos atigrados de color naranja con el rabo en alto, en actitud altiva, enseñaban el trasero. Parecían

adorar a otra mujer, muy guapa y de delicados miembros, que emergía desnuda de entre las olas con el agua por medio muslo.

–¿Qué le parece?

D’Agostino le había hablado de sacarlo al mercado. Y Laura no se había pensado dos veces la proposición de examinarlo antes. Sería una oportunidad única de obtener una comisión en la casa de subastas para la que trabajaba.

–Hubiera quedado muy bien como cubierta del catálogo –dijo Laura–. Durante décadas, esta ciudad no ha querido saber nada de Leonor Fini, como tampoco de los otros muchos artistas que le han traído fama. No hay que olvidar que, siendo aún jovencita, conoció a Italo Svevo y Umberto Saba, a Arturo Natan y Bobi Bazlen. Y luego, cuando llegó a París tras pasar por Milán, también entró en contacto con los surrealistas y se hizo amiga de Cocteau, Max Ernst, Man Ray y Paul Éluard.

–Esta obra no está catalogada en ninguna parte. La pintó en los años sesenta, una vez que vino de visita a Trieste. Tiene un título muy curioso: *La mare dei mona...*

Laura intentó ahogar la carcajada. Era la primera parte de un dicho soez en el creativo dialecto triestino que, con cierto fatalismo, proclamaba que «la madre de los idiotas trae al mundo un hijo tras otro». Hacía poco, un renombrado periodista había sido condenado a pagar una cuantiosa multa por utilizarlo en relación con un político local demasiado susceptible. El denunciante ya no ocupaba el cargo, pero ya se sabe que las verdades que encierran los dichos populares son cosa indiscutible.

–Y, como es natural, no tiene usted ningún certificado de autenticidad del cuadro, mi querido Enrico –prosiguió divertida–. Leonor Fini no es conocida por ese tipo de comentarios satíricos precisamente.

–La firma es tan inequívoca como la fecha. Y es verdad que por aquel entonces estuvo en Trieste.

–Y su madre le compró el cuadro directamente. ¿Tiene alguna prueba de ello, algún tipo de correspondencia? –Laura se puso a examinar algunos detalles del lienzo bajo la lupa.

–Hasta ahora no he encontrado nada.

–Hay muchísimas copias en circulación. De casi todos los artistas famosos –comentó Laura. En efecto, acababa de ser

descubierto un falso Monet que, eso sí, había supuesto para su vendedor una denuncia por intento de fraude. Luego, al registrar su domicilio le habían confiscado más falsificaciones de obras maestras—. De modo que se titula *La mare dei mona...* En cualquier caso, la letra sí es la de Leonor Fini —concluyó—. ¿A quién se referiría?

Enrico D'Agostino le enseñó a continuación una fotografía en blanco y negro de Henri Cartier-Bresson, firmada y con cuño. Era del año 1933 y mostraba el torso desnudo de la bella Leonor Fini bajo el prisma del juego de luces sobre las cristalinas aguas del balneario de Ausonia.

—Para mí es una interpretación de *L'Origine du Monde* de Courbet —comentó audaz Enrico D'Agostino—. La perspectiva de los muslos abiertos con lascivia es casi la misma, aunque en el monte de Venus de Leonor no se vea un solo pelo. Claro, hace doscientos años la moda era tener una buena mata en la zona pública. Aunque la fina piel desnuda es mucho más sensual. ¿No le parece?

—¿En serio quiere vender esta fotografía? —Laura hizo como si no hubiera oído el comentario y se puso a examinar la imagen bajo la lupa. Naturalmente, conocía reproducciones de la célebre fotografía, pero era la primera vez que la veía en su formato original de veinticuatro por treinta y seis. Con la mano que tenía libre se retiró de la cara un mechón de cabello rubio dorado.

—Aunque, bueno, yo prefiero la naturaleza a su representación. Usted misma no le queda a la zaga en absoluto... —los ojos azules de Enrico la miraron desafiantes.

—La fotografía se la compro de inmediato. Para el cuadro, en cambio, es necesario pedir un informe a un profesional. Hay mucho dinero en juego. ¿Quién coleccionaba todos estos cuadros?

—¿Tomamos un aperitivo en la Stazione Rogers? —propuso D'Agostino—. Así estaré encantado de contárselo.

El Alfa Romeo Mito rojo chillón de Laura estaba recién salido del concesionario, sólo tenía tres días. Mientras recorrían las Rive, Enrico D'Agostino le habló de su abuela, descendiente por parte de madre de una familia de banqueros de Trieste,

pero de origen griego, que había sido muy entendida en arte y coleccionista con recursos más que suficientes. D'Agostino le habló de otros cuadros que tenía almacenados en su casa y de los que, con el tiempo, querría desprenderse. Laura memorizó los artistas y títulos de las obras, al día siguiente consultaría los catálogos pertinentes y los resultados de las últimas subastas para hacerse una idea del estado de los precios.

—Pare, por favor —dijo el donjuán cuando pasaron por delante del edificio del club de remo—. Ya que estamos aquí, le enseñaré mi barco un momento. Está ahí mismo, en la Sacchetta.

—¿Es que tiene más cuadros en el barco? —preguntó Laura, girando hacia el aparcamiento.

Con el verano se abre todo el mundo

En las montañas del Friuli y en los Alpes Julianos de Eslovenia debía de haber diluviado el día anterior, mientras que en Trieste las temperaturas alcanzaban valores récord para el mes de julio. Las aguas del Isonzo avanzaban con fuerza hacia el mar en un semicírculo de color verde esmeralda y fluían rítmicamente hacia Trieste hasta que, al llegar al castillo Miramare, se mezclaban con las saladas aguas azul intenso del Adriático. El agua dulce sólo llegaba tan lejos cuando el cielo sobre las montañas abría varias esclusas. Entonces, el espumoso río, que en verano más bien solía parecer un arroyuelo, arrastraba cuanto encontraba a su paso, y los dueños de los barcos tenían que estar atentos para que sus yates no chocasen con el ramaje o incluso con algún tronco de árbol. A cambio, el aire ofrecía una claridad cristalina, y por detrás de la orilla noroeste del golfo, los Dolomitas se dibujaban sobre el cielo como un decorado de teatro.

Proteo Laurenti ya se había lanzado al Adriático a las seis de la mañana y había pasado casi una hora nadando hasta las boyas que hay más allá de los bancos de moluscos y que marcan la hilera de nasas sumergidas en el mar para la pesca de *canoce*, como llaman en dialecto a las galeras, un tipo de crustáceo muy sabroso típico de la zona. De inmejorable humor, había bajado después del coche frente a la *questura* y había cruzado la entrada a paso gimnástico bajo la mirada atónita de cuantos esperaban armados de resignación en las impresionantes colas frente a las ventanillas del servicio de atención a los extranjeros, y había

subido de dos en dos los escalones de la amplia escalinata que conducía a las plantas superiores. No se había dado cuenta de que iba silbando la melodía de «Twisted Nerve» de *Kill Bill*, de Quentin Tarantino, igual que hace en la película la enfermera California Mountain Snake antes de ponerle la inyección de veneno a su víctima... en vista de lo cual Marietta se apresuró a cerrar la puerta del despacho del comisario, haciendo mucho ruido adrede y sin mediar palabra.

La noche anterior, después de que su esposa Laura le dijera por teléfono que no estaría en casa a la hora de la cena porque tenía que examinar una colección de cuadros, Proteo Laurenti había pasado una velada de lo más amena. A pesar de la llamada que había recibido a las diez.

El verano caldeaba la ciudad sin misericordia, y quien podía subía con el coche a lo alto del Carso al caer la tarde, donde se estaba más fresco. En cuanto Gemma cerró la consulta, cogieron la nueva Vespa 300 rojo Ferrari de Laurenti con idea de tomar una pizza en La Nuova Mormorazione de la Via Bonomeo. Pero luego, Proteo había girado de repente hacia un callejón sin salida entre una serie de chalés plurifamiliares, todos igualitos, que se extendían hasta la linde del bosque y parecían la sección de juguetes de unos grandes almacenes.

—¿Qué tal si damos un paseíto? —preguntó Laurenti mientras sujetaba la moto.

—¿Por el bosque? —rió Gemma—. ¿No es peligroso?

—¡Peligrosísimo! ¡Hay osos, lobos, medusas, tiburones, dragones y forajidos! Pero seguro que no hay nadie de Trieste que nos conozca. Con este calor, los triestinos se mueven aún menos que de costumbre. Mira qué bonita se ve la ciudad desde aquí arriba.

—Como un gato salvaje que duerme con toda calma bajo el sol de la tarde, recargando fuerzas para la caza nocturna —Gemma se enganchó de su brazo.

Unos metros más lejos, la vista del mar era aún más bonita, abarcaba treinta millas marinas más allá de la ciudad de Tries-